

Prácticas de lectoescritura mediadas por TIC: aportes teóricos y metodológicos desde la antropología

Por Gabriela Sabulsky y Eva Alberione



Rosalía Winocur es Dra. en Antropología por la Universidad Autónoma de México y profesora titular en la Facultad de Información y Comunicación de la Universidad de la República del Uruguay. Desde hace varios años investiga la apropiación de los medios electrónicos y digitales en la vida cotidiana. En esta entrevista reflexiona acerca de los aportes teóricos y metodológicos del llamado “giro antropológico” a los estudios sobre las prácticas de lectoescritura mediadas por TIC, y destaca la importancia de poner foco en las experiencias de vida de los sujetos como un modo de dar cuenta de las relaciones múltiples, complejas y siempre situadas que éstos establecen con las tecnologías.

Entrevistadoras (E): Nos gustaría comenzar retomando algunos aspectos centrales de la perspectiva desde la cual abordas las prácticas lectoescritura mediadas por TIC. ¿Podrías compartir, al menos brevemente, las principales características que a tu criterio definen el llamado “giro antropológico” en los estudios sobre cultura? ¿Qué aportes te parecen definitorios de esta forma de mirar y estudiar las prácticas de lectura?

Rosalía Winocur (RW): Bueno, creo que este “giro antropológico” no es tanto un giro, sino más bien recuperar ciertas premisas claves de la Antropología de todos los tiempos. En el conjunto de las Ciencias Sociales -y esto es un proceso que viene también desde los Estudios Culturales, de la Escuela Culturalista Inglesa de Stuart Hall, David Morley, Roger Silverstone-, se da una tendencia a incorporar la mirada antropológica ante las limitaciones de la Sociología de los Medios para dar cuenta de las apropiaciones diferenciadas de los mensajes. En esa línea los antropólogos comenzamos a ser visibles en el estudio de los medios electrónicos, y con mucha mayor razón, en el estudio de los medios digitales.

¿Cuál sería la mirada antropológica que yo creo que, complementariamente a muchas otras, puede servir para acercar algunos problemas? Tiene que ver, por un lado, con este fuerte situarnos en la vida cotidiana. La vida cotidiana tiene muchos ámbitos, y a esos ámbitos las personas, los sujetos, no los distinguen. Cuando escribí “Robinson Crusoe ya tiene celular” yo me empecé a cuestionar esto de lo on line y lo off line. Aunque nos esmeremos en mantener estos mundos separados, la presencia de los dispositivos digitales atraviesa todas las zonas claras y opacas de la existencia. Ambos espacios de interacción se han mezclado y naturalizado de formas indiscernibles, incluso para aquellos que se resisten al uso del celular o de internet. Por lo tanto, la explicación de lo que allí sucede trasciende los límites virtuales o físicos para ubicarse en la experiencia biográfica de los sujetos y en la reflexión acerca de cómo, en ese dotar de sentidos particulares, se van configurando realidades sociales diversas y heterogéneas.

E: ¿Qué consecuencias metodológicas tiene esta perspectiva?

RW: En algunas investigaciones hemos realizado dos tipos de entrevistas, una donde le preguntas específicamente por su relación con las TIC, y otra donde les pides a los sujetos que describan un día cualquiera en sus vidas. Y entonces, en la primera entrevista parecen completamente enajenados con las tecnologías digitales, pero cuando a continuación le preguntas qué hace en su vida cotidiana, no nombra ni una vez la tecnología. Eso es interesante porque te da muchas pistas para entender, por una parte, la naturalización de los dispositivos digitales en la vida cotidiana, y por otra, que la vida, tal como la conocemos desde siempre, con toda su sensualidad, sigue siendo central en la organización cotidiana de nuestras rutinas con los otros.

E: ¿Qué distancia planteas entre este abordaje y lo que se conoce como Antropología o Etnografía Virtual?

RW: Para mi gusto ahora hay una inflación innecesaria de la llamada Antropología Virtual, para mí eso no existe. Lo que reconocemos como una transformación importante es que han cambiado los objetos y las situaciones donde observar. Lo que sí existe son sujetos que producen sentido en ambientes virtuales, y eso, lógicamente exige ciertas adecuaciones epistemológicas y metodológicas. Antes la Antropología privilegiaba ciertos objetos -y hay razones históricas para que eso fuera así-, pero eso fue evolucionando y cambiando. Desde aquellos antropólogos -que se ocupaban de lo otro, de lo extraño, que se iban a lugares muy apartados en África o la Polinesia a tratar de entender la otredad en esos lugares- a la actualidad, la Antropología ha diversificado sus objetos y problemas. Ya no solo se ocupa de los sujetos vulnerables, aislados o marginados, también de los conflictos urbanos, las instituciones, las prácticas culturales y, por supuesto, también de los medios electrónicos y digitales de comunicación.

E: Volviendo al tema, en relación a lo que planteas acerca de los procesos de reflexividad que habilita estar todo el tiempo leyendo y escribiendo. En otro momento quizás era más difícil acceder a esa reflexividad, era algo que estaba resguardado en espacios más íntimos, pero ahora existen lugares donde es posible rastrearla y ponerla en relación por ejemplo con las entrevistas. Hay un cruce posible allí gracias a la tecnología. ¿Lo piensas en esos términos?...

RW: Sí, completamente. Yo creo que la vida cotidiana -por lo menos en términos de Giddens- siempre significó reflexividad, una reflexividad que no es necesariamente auto-conciencia. Pero acá hay algo interesante, porque acá se cruza esa reflexividad digamos, del hacer -que viene dictada por la cultura-, con una auto-conciencia. Antes en el mundo había cosas que estaban claramente delimitadas, que nos ahorraban procesos de reflexividad auto-conscientes: esto es lo privado, esto es lo público. Ahora eso hay que administrarlo, gestionarlo permanentemente, también hay que gestionar los interlocutores... El otro día alguien me hizo llegar un estudio de Facebook -hecho por supuesto sin autorización de ninguno de nosotros-, que dice que el 70% de los que escribimos mensajes todo el tiempo corregimos esos mensajes, o los borramos y los volvemos a hacer, o algo les cambiamos. Es interesante porque eso quiere decir que no es como hablar. Cuando estás hablando capaz que después te arrepentís, pero no tenés la posibilidad, una vez que dijiste algo, de cambiarlo. Acá no es así, todo el tiempo hay que estar pensando...

E: Quedan rastros...

RW: Claro... Eso también es lo que me decían muchos de mis entrevistados, y el problema es que uno va cambiando. Cuando se es adolescente, hay muchas cosas que dejan rastros y de las que no podés medir las consecuencias, porque la representación de la intimidad es otra. Lo que no se dice, tiene que ver más con la violencia doméstica o con los conflictos con los padres. Pero cuando sos grande te empezás a preocupar por cómo te van a leer los del trabajo, etc. Eso hay que gestionarlo, todo el tiempo hay que estar administrándolo, y también hay que estar produciéndose. Muchos jóvenes admiten que tienen necesidad de “mostrarse” en las redes, pero no reconocen que eso signifique exhibir o violentar su intimidad. Cuando se muestran no están necesariamente desnudando su intimidad sino produciendo una actuación -entendida como la práctica de producir una performance destinadas a alimentar su “intimidad pública” en las redes sociales. Se trata de una intervención calculada y en ocasiones cuidadosamente preparada, una producción de sí mismo cuyo material se toma del repertorio de escenas íntimas de su vida privada y la composición está inspirada en las múltiples narrativas que consume en Internet, y en los medios electrónicos.

E: Ahora bien, esto que se produce en las interacciones también tiene que ver con que los dispositivos tienen una agenda de lo posible. ¿Cómo mirar esa otra parte? No en términos de separarla analíticamente, pero ¿cómo incluir eso en el análisis?

RW: Para mí eso es un dato dado sobre lo que no tengo más nada que agregar. ¿Cuánta gente hay que hace la crítica de eso? En cambio, pónganse a rastrear cuánta gente trabaja sobre los imaginarios, sobre las representaciones, sobre la experiencia... Es obvio que hay un modelo de negocios que produce plusvalía no sobre la fuerza de trabajo, sino sobre los afectos, las emociones. Y que además, se ha dado cuenta de que el eje de esa producción es ese “yo” emergente. Por lo tanto, todo lo que se hace permanentemente, es como bien dicen, dentro de las posibilidades y los límites que habilita. Porque la gente se empezó a preocupar, y las empresas también empezaron a recibir otras presiones regulatorias. Regulaciones que ya no pueden ser de cada país, porque Internet se ha convertido en una especie de continente autónomo, por lo tanto, la posibilidad de regulación no puede provenir ni siquiera de los países poderosos. La Unión Europea es un ejemplo de un gran consorcio de países que elabora y propone políticas de regulación de Internet constantemente. Sobre eso yo no tengo mucho más que decir. Incluso hay ya estudios muy sofisticados -que por supuesto, los leo y reviso- sobre esta explotación de los afectos. Pero yo lo que siento es que los científicos sociales -entre los que me incluyo- tenemos un habitus de muchos años de universidad, que marca que los actores sociales importan en la medida en que ayudan a explicar macro-procesos, macro-desigualdades. Y los antropólogos, hacemos estas “micro-sociologías” que parecía que no eran muy relevantes, porque supuestamente no ayudaban a entender lo otro, y además nuestros métodos no se podían escalar. Pero estas micro-etnografías cada vez se hacen más importantes porque las mediaciones entre esos grandes procesos y la experiencia cotidiana de los sujetos, se ha densificado de tal forma que hay que meter mucho estudio ahí. Y, además, no se puede acceder a ese nivel de densificación si no hacemos antes un extrañamiento sobre nuestra experiencia, para pensar que estamos estudiando fenómenos que, al mismo tiempo, estamos actuando. La cuestión de la dependencia extrema de los sujetos de cualquier condición social con los dispositivos digitales constituye un escenario especialmente dotado

de claves semánticas para entender las coordenadas contemporáneas de la incertidumbre. Y en ese marco de reflexión interesa entender, más que condenar, sus maneras de resolver (o no resolver) las realidades paradójicas que enfrentan cotidianamente, la tensión entre la autonomía conquistada y la necesidad de construir, reconstruir, o inventar certezas imaginarias para tolerar la orfandad simbólica de pertenencia en la que los sumieron los procesos de individualización, y que afectan de manera fundamental sus relaciones laborales y afectivas.

E: Desde el punto de vista metodológico, nos interesaría que comentes cómo abordan la investigación, teniendo en cuenta los dos aspectos que apuntas: la dificultad de los sujetos para reflexionar sobre estas cuestiones por falta de recursos simbólicos, y la propia implicación de los investigadores que comparten y tienen naturalizadas también muchas de las prácticas que estudian. ¿Realizan un trabajo auto-etnográfico en el equipo?

RW: Bueno, por lo general tres meses antes de que venza una convocatoria, integro el equipo de trabajo y armamos un espacio de reflexión, todos tienen que asumir los riesgos para hacer el proyecto. Obviamente en ese momento es probable que la tenga más claro lo que quiere y tenga un papel mucho más rector sea yo, pero “¿Cuál es el problema?”, eso se discute entre todos, al igual que la bibliografía. Y, ante todo, recuperar cuáles son las prácticas del equipo, porque todos estamos en las redes, todos circulamos información. Esto ya introduce la reflexividad sobre los problemas a investigar. Esa reflexividad es muy importante porque todos participamos de eso y hay que desentrañarla, entenderla. Si se gana el proyecto, ese mismo equipo empieza la construcción del diseño metodológico y en paralelo cada uno empieza a llevar una especie de diario donde va a reflexionando permanentemente sobre lo que va pasando, vamos haciendo exploraciones. Cada quien hace su entrevista, la trae, se reflexiona. Trabajamos como Seminario, una vez a la semana, tres horas...

E: ¿Siempre utilizas la metodología de diario?

RW: Sí, es lo que hace el etnógrafo. Porque el etnógrafo no supone su neutralidad. La fuerte implicación que tenemos es un aspecto central de reflexividad de los antropólogos. Lo primero es reconocer que si estamos ahí es porque algo nos importa, la propia implicación; pero también tener presente que la entrevista, la observación, siempre implican una práctica social, una relación que se va construyendo con el otro, donde es necesario comprender qué representaciones tienen los entrevistados sobre quiénes somos nosotros. Y también claro, cómo se representa lo que nosotros estamos buscando, y al revés. Sobre esto hay que reflexionar. Ejemplo concreto: mi equipo en Uruguay trabajó un año sobre familias pobres y computadoras¹. Había algo que no conseguíamos resolver, una redundancia en las respuestas a ciertas preguntas sobre las “Ventajas y desventajas de las tecnologías”... Para nosotros eran preguntas claramente distintas, pero obteníamos respuestas muy parecidas. A nosotros nos parecía de una evidencia absoluta que uno pudiera hablar de “ventajas”, pero siempre decían lo mismo. Necesitábamos recuperar el malestar con la tecnología que era un

¹ N. de la R.: Los resultados de esta investigación quedaron plasmados en el libro *Familias pobres y computadoras. Claroscuros de la apropiación digital* publicado junto a Rosario Sánchez Vilela en Editorial Planeta (2016).

malestar que intuíamos, trascendía al aparato, pero la gente siempre repetía las mismas cosas sobre la pornografía y los peligros de conocer extraños en las redes sociales. Lo que finalmente destrabó el asunto fue empezar diciendo –recuerden que se trataba de familias de muy pocos recursos y baja escolaridad–: “Cuénteme cómo era su vida de niño sin computadora.” Y ahí lo encontramos, ahí había recursos biográficos y simbólicos para hablar del malestar. Así fue como nos ubicamos en el universo simbólico de los entrevistados, y desde ese lugar iban y venían al comparar antes y ahora. Ahí pudimos entender el malestar, aparecieron cosas de las que no nos habíamos dado cuenta, por ejemplo, la ambigüedad que sentían. La pregunta de las ventajas y desventajas de la tecnología, no es una pregunta que ellos se hacían. Ellos lo que sentían es que había un antes y un después en el tiempo, y es en ese lugar donde ellos podían hablar de esos sentimientos ambivalentes. Donde se daban cuenta de que sin tecnología no había futuro para sus hijos, no había inclusión social, pero al mismo tiempo, admitir eso significaba su propia exclusión.

Después estaba también el tema del desconcierto de los padres y de los maestros, la ruptura de ese pacto. Aunque fueran muy pobres, ellos sabían que los niños llegaban de la escuela y hacían los deberes: se tienen que sentar, hay un horario, esto es juego, y esto es hacer la tarea. Pero llega la ceibalita² y cuestiona todo eso: “Entonces resulta que el chiquilín, que el gurí andaba ahí arriba del árbol haciendo los deberes. ¿Y yo qué sé qué estaba haciendo ahí arriba?, porque según él, ahí tenía conectividad. Y además, ¿cómo yo apago eso?” –decían–, porque a la televisión bastaba con apretar un botón, pero con la computadora nunca se sabe...

Es que otra cosa de la cual nos ocupamos los antropólogos es de la producción del sentido en la vida cotidiana y para eso necesitamos recuperar la perspectiva de los sujetos, porque esa perspectiva es necesariamente subjetiva e inter-subjetiva. Pero para recuperar esa perspectiva no basta con que hagamos preguntas abiertas en lugar de encuestas de opción múltiple. Las preguntas abiertas también pueden ser autorespondidas (la pregunta trae implícita la respuesta), o marcarle al sujeto las coordenadas semánticas donde debe dar su respuesta. Recuperar el punto de vista de los sujetos desde la perspectiva de sus propios universos simbólicos y modos de vida, es un reto de orden epistemológico y metodológico mayúsculo.

E: Por último, pareciera que en muchos estudios sobre entornos digitales se hiciera una partición del sujeto y sus prácticas: “aquí miramos esto, aquí esto otro”. Desde tu perspectiva, ¿cómo deberían abordarse metodológicamente los entornos digitales?

RW: El escenario es la vida cotidiana, solo que la vida cotidiana ahora tiene varios ámbitos físicos y virtuales donde explorar relaciones y siempre habrá más de una lectura posible de las realidades observadas, que no están dadas solo por los diversos enfoques disciplinarios que abordan los fenómenos estudiados, sino por la variedad de registros afectivos y simbólicos que se inscriben en las narrativas y en la experiencia subjetiva de los entrevistados. Variedad de registros que no despliegan sus sentidos armoniosamente, sino en un aparente caos polisémico que a veces solo es posible interpretar recurriendo a la ambigüedad del “sí y el no”, como refieren Beck y Gersheim

2 N de la R: Se refiere a las computadoras que se entregaban en el marco del Proyecto Ceibal implementado por el Gobierno de Uruguay.

(2004), o aceptando que subjetivamente las cosas pueden ser de un modo, y al mismo tiempo de otro. Por otra parte, recuperar la experiencia de los y las jóvenes de vivir permanentemente conectados, implica que las localizaciones más significativas de sus espacios biográficos en las redes sociodigitales se vuelven claves para comprender sus prácticas de lectura y escritura, sus formas de comunicación y modos de expresión. De ahí que, la propia biografía narrada compulsivamente en el cruce con otras biografías en Facebook, Twitter o Whatsapp, se haya vuelto el lugar y material simbólico recurrente para las operaciones discursivas de sutura entre sentidos contrapuestos o paradójicos acerca de lo que nos conmueve, nos repele o nos deja indiferentes de los Otros. Todo lo que intercambiamos, linkeamos, citamos o producimos, aparentemente de forma anárquica, cobra algún significado en estos nuevos espacios de construcción biográfica.